

BIBLIOTECA



Luis Marsans: *Biblioteca*

Paz prologuista

Por las sendas de la memoria^{*} recoge todos los prólogos escritos por Octavio Paz para la primera edición de sus *Obras completas*, que empieza a editar el Círculo de Lectores en Barcelona, en 1991. Se trata de doce textos de varia temática y muy diversa extensión que constituyen, a la par, la recapitulación o el balance de una trayectoria intelectual y una de las mejores introducciones que conozco a la lectura de la poesía y los ensayos del Premio Nóbel mexicano. Resulta en verdad difícil afirmar que son más una cosa que otra —«repaso en forma de preámbulo» y «entrada retrospectiva» los llama el autor como para insistir en la paradójica contradicción. No me creo capaz de resolverla, pero sí debo confesar que, cuando acabé de leer el último prólogo, volví a hojear algunas páginas de los *Primeros escritos* y de ahí pasé luego a *El laberinto de la soledad* y luego a ese memorable fresco del México virreinal que es *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. Paz me había llevado a plantearme otras preguntas que no formaban parte

de mis lecturas anteriores y había puesto en tela de juicio, directa o indirectamente, algunas de mis ideas sobre sus gustos y opiniones. Si he de creer en lo que me dicta mi experiencia, más que una despedida o un punto final, sus prólogos son, en realidad, un signo abierto: una invitación a descubrir, con ojos nuevos, una obra que creíamos conocer pero que, en el fondo —y a veces hasta en la forma—, no había dejado de cambiar con el tiempo, como su autor y como nosotros mismos.

¿Podíamos esperar otra cosa de una personalidad tan viva y pugnaz? Mi pregunta es, obviamente, retórica. Aunque mucho se interesó en la melancolía y en los influjos de Saturno, Paz nunca fue un hombre enamorado del ocaso ni de los paisajes crepusculares. Su relación con el pasado y con su propio pasado, tal y como se descubre a lo largo de este libro, no está signada por la nostalgia sino por la curiosidad y el afán de comprensión. De ahí que, cuando vuelve la vista atrás para revisar sus trabajos y sus días, lo que siente es un imperioso deseo de discutir otra vez con el hombre que fue y con los muchos textos que escribió. En este sentido, es admirable y conmovedor comprobar cuán difícil le resulta dar con la frase final en varios de estos prólogos, pues, profundamente, lo que quiere es seguir argumentando y plantear una duda más o añadir una penúltima observación. Esto explica tam-

* *Por las sendas de la memoria*, Octavio Paz, Editorial Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2002.

bién por qué se salta con tanta frecuencia las reglas del género —un corsé demasiado ceñido para su inteligencia y su temperamento. Y es que Paz no es Borges: sus prólogos no son por lo general breves ni tratan de ganarle la simpatía o la benevolencia del lector, ni apelan tampoco a su indulgencia a través de ese alarde de falsa modestia que es la figura de la *excusatio propter infirmitatem*. Más que «una forma subalterna del brindis» o «una especie lateral de la crítica», las dos conocidas definiciones del argentino, el prólogo es aquí la posibilidad de volver a tratar algunos asuntos pendientes, de explicarse sobre otros que no quedaron claros y, en fin, de poner muchos puntos sobre muchas íes.

Cabe destacar, en este libre ejercicio del género, las páginas que dedica a reexaminar sus reflexiones de los años sesenta sobre las drogas y el uso de sustancias alucinógenas. Inesperadamente, el prólogo al segundo volumen de las *Obras completas (Excursiones/ IncurSIONES/ Dominio Extranjero)* se convierte en el escenario de una lucidísima discusión sobre el fenómeno de la drogadicción en nuestras sociedades, sobre la tesis del origen bioquímico de la religión y los vínculos de las prácticas psicodélicas con la poesía y la creación artística. El debate es abierto y apasionante, y en éste, como en muchos otros prólogos, Paz se enfrenta consigo mismo y no

duda en revisar sus posiciones de antaño con honestidad y coraje. Valga un botón de muestra: «Entre los textos que he recogido en este libro hay uno, ‘El banquete del ermitaño’, que leo con cierta incomodidad. Hoy matizaría muchas de las opiniones que ahí expongo. Por ejemplo, ver en el uso generalizado de los alucinógenos un signo del ocaso de nuestra visión del tiempo como sucesión lineal y del culto al futuro, fue una exageración. Debería haber dicho que era un signo negativo o, más bien, un síntoma de la bancarrota de ciertos valores de nuestra sociedad...» Y la autocrítica prosigue, por supuesto, como quieren indicarlo mis puntos suspensivos, y el debate se ramifica y crece, tratando de éstos y otros temas que, en principio, nada dejaba presentir.

En la escritura arborescente de nuestro prologuista aparecen así muy a menudo los frutos menos previsibles y más apetitosos: brillantes peras del olmo, como le habría gustado decir. Me limito a señalar algunas: los párrafos que dedica a la modernidad de Quevedo y de sus *Lágrimas de un penitente* en el prólogo del primer volumen (*La casa de la presencia*); la breve semblanza de Jorge Cuesta y la vindicación de López Velarde en el prólogo al cuarto (*Tránsito y permanencia*); la relectura de *El laberinto de la soledad* y la Revolución mexicana en el prólogo al octavo (*El peregrino en su patria*); y, por